

Mi diccionario Oxford English define el término mercurial como "enérgico, vivo y volátil". No sería una exageración sugerir que Freddie Mercury, el hombre además del camaleón del pop, hizo justicia a su apellido adoptado, y nos quedamos cortos. Vivió una vida compleja, caracterizada por aparentes contradicciones. Pese a que fue la primera estrella pop India de Gran Bretaña, era reservado hasta el punto de la paranoia al respecto de sus raíces en Zanzíbar e India – su primer publicista ni siquiera supo su nombre verdadero. Cuando observamos a Farrokh Bulsara en algunas de aquellas fotos de su primera adolescencia, no es difícil ver su falta de seguridad en sí mismo, el consiguiente deseo de ser aceptado, de ser querido – aquello que los psicoanalistas freudianos dirían es el factor determinante clave, más que la ambición, de la voluntad de tener éxito. Tiene el aspecto de un héroe tipo Gatsby, y se viste así, desparramado en el asiento de una glorieta, desmañado y molesto consigo mismo. Sus dientes prominentes, por los que le dieron el apodo 'Bucky' (dientes salientes) en el Colegio de St. Peter's, fueron una fuente de inquietud durante toda su vida, pero temía que un arreglo cosmético le afectara el timbre de su voz.

En un mundo en que Inglaterra y América proporcionaban los modelos físicos predominantes del 'look' rock and roll, de Presley en adelante, su extrañeza, tanto étnica como cultural, debe haber supuesto una carga al principio, y tal vez es algo que él nunca trascendió del todo. La estrella, no obstante, nace de ese profundo sentido de ser diferente de los demás. Y porque es un área que fomenta y celebra la extrañeza, porque es un lugar en el que el forastero puede no tan solo encontrar un hogar, sino una enorme audiencia llena de empatía, la vida pop es casi siempre compleja y contradictoria. En todas sus contradicciones, pues, en su casi total creencia en sí mismo y su consiguiente falta de seguridad, Freddie Mercury no era único. Y en cambio su vida, particularmente después de su éxito inicial, fue singularmente compleja. Su primera relación importante, duradera y romántica, fue con una mujer, Mary Austin. Vivieron juntos como novios, él el extrovertido deseoso de llamar la atención, ella la introvertida tranquila y reflexiva. Es difícil imaginarse una pareja más diametralmente opuesta para Freddie que Mary Austin. Y sin embargo, su amistad, su amor, perduró.

Mary conoció a Freddie antes de que éste fuera famoso, cuando Queen todavía se encontraba en fase embrionaria, cuando se reunían y ensayaban, intentando conseguir un principio de sonido. Inicialmente ello lo vio como una "personalidad caleidoscópica", alguien que "me abrió los ojos ante muchos colores... él podía ver la ironía de la vida, buscaba el humor. No le gustaba el lado más oscuro". Más tarde, a medida que aumentó su fama y se desarrolló su sexualidad anteriormente suprimida, su historia de amor, en palabras del propio Freddie, "acabó en lágrimas". Siguieron manteniendo una estrecha relación, algo que les honra a los dos, tan estrecha como es posible mantenerla entre un hombre y una mujer sin el elemento físico. "De ésta (nuestra historia de amor) surgió un lazo estrechísimo, y eso nadie nos lo puede quitar. Es inalcanzable" admitió en una ocasión, añadiendo, por si no nos habíamos enterado, "todos mis amantes me han preguntado por qué no podían sustituir a Mary, pero eso es sencillamente imposible".

Este es un tema complejo. Un hombre gay, que confiesa haber tenido "más amantes que Liz Taylor", mantiene un ideal profundamente heterosexual del amor romántico perdurable. Tal vez en el amor, como en la vida, Freddie sencillamente lo quería todo, y en Mary Austin se acercó todo lo que pudo al ideal romántico de la pareja perfecta que, pese a sus períodos de promiscuidad, era obvio que le atraían. Escribiendo sobre él en The Sunday Times en noviembre de 1996 con ocasión de una exposición fotográfica de la vida de Freddie en el Albert Hall de Londres, el periodista y comentarista cultural, Waldemar Januszczak, observó que: "Pese a que era escandalosamente amanerado en privado, en público Freddie siempre se había mostrado remilgado sobre su sexualidad. No, no remilgado: equívoco. Desde luego se lo ocultó a sus padres. En todas las fotos que veo de las muchas reuniones de los Bulsara a las que asistió, va acompañado de Mary Austin, la antigua propietaria de una boutique a quien quería profundamente, con la que había vivido antaño, y a quien le dejó la mayor parte de su herencia. Jim Hutton, el amante residente que cuidó a Freddie durante los peores años de su enfermedad, no aparece por ninguna parte

Una vez había roto, al menos físicamente, con Mary Austin y su éxito creció, se rodeó de un séquito de auténticos amigos y admiradores, además de posibles pretendientes y gorriones. Llegó a conocerse como la corte del Rey – aunque debía de haber sido la Reina (Queen) – Freddie. Organizaba extravagantes fiestas en Munich, Nueva York y sobre todo en Garden Lodge, su casa de Londres. Durante un tiempo, tanto en el escenario como fuera de éste, fue el epicentro de atención, una viva ilustración del término 'animal de fiesta', más grande que la vida misma. Inevitablemente hubo un precio a pagar, tanto emocional como físico. "Mis aventuras nunca parecían durar", observó tristemente en una ocasión. "Debe haber un elemento destructivo en mí, porque pongo todo mi empeño en desarrollar una buena relación, pero de alguna forma alejo a la gente de mí... el amor es una ruleta rusa para mí. Nadie quiere al verdadero yo, todos están enamorados de mi fama y mi estrellato".

El amor es una ruleta rusa para mí. ¡Vaya frase! No obstante, durante un tiempo, tal y como admitió más de una vez, Freddie literalmente jugó a la ruleta rusa en los clubes gay más 5 desenfrenados de Nueva York y Munich, preferibles a los de Londres, donde era sencillamente demasiado conocido para no atraer la atención de fans benevolentes y los paparazzi no tan benevolentes. Ya en el segundo tour de America que Queen emprendió en 1976, le dijo al periodista de la prensa amarilla, Rick Sky, que "El exceso es parte de mi naturaleza. Para mí, el aburrimiento es una enfermedad. Realmente necesito peligro y emociones... Definitivamente soy una persona sexual... me encanta rodearme de gente extraña e interesante, porque me hacen sentir más vivo. La gente muy recta me aburre mortalmente. Me encanta la gente estafalaria a mi alrededor".

Con ese fin, penetró profundamente en un mundo subterráneo donde el sexo casual no es que fuera una opción, era una certeza. En su vida sexual era, como en casi todo lo demás, alguien que se la jugaba. Pero como ahora sabemos, en los años ochenta las apuestas eran elevadas; te lo jugabas todo literalmente a vida o muerte. "Fue donde los ángeles no se hubieran atrevido a ir," Rick Sky le dijo a la biógrafa de Freddie, Lesley-Ann Jones. "Era la clásica persona refinada que le encanta meterse en el lodo. Su fantasía definitiva hubiese sido llevar a un chico de alquiler a la ópera." En cambio, en 1987, habiendo hasta cierto punto sentado la cabeza en Londres tras un período de vida desenfrenado y hedonístico en Munich, se fue a la ópera y se trajo a casa una diva. Fue el último y más improbable proyecto de todos los que Freddie Mercury emprendió en su vida relativamente corta pero llena de incidente.